Cuando yo nací, mi bisabuela a la que llamaban “La andaluza” tenía 80 años. De ella heredé su nombre, Estrella, un rosario y creo que nada más. De los pocos recuerdos que me quedan, el más nítido es su melena, ya despoblada y canosa, pero larga, muy larga, hasta la cintura, y sus dedos, deformados por la artrosis y sorprendentemente ágiles cuando enredaban ese pelo para dar un gracioso giro y apretar firme el moño donde desaparecían sus horquillas. Convivimos unos diez años en los que se fue apagando, mientras yo crecía salvaje y libre en estas tierras asombrosas del sur de Chile. Entre glaciares sonaban frías y lejanas las coplas que hablaban de amores intensos, que ella cantaba bajito, casi entre dientes. Nunca le pregunté por su vida, en esos años de la primera infancia poco importa el pasado. Una noche murió, es decir, no se despertó y su cama fue ocupada por mi hermano mayor que hasta entonces se acostaba en un sofá del salón. El olor de la habitación, el olor acre de la vejez que lo impregna todo, fue desapareciendo con el tiempo y las friegas de mi madre y, me avergüenzo de decirlo, hasta me olvidé de ella.

 Durante años creí que ella era mi abuela, nadie se molestó en sacarme del error. Mi familia ha sido siempre de pocas palabras. Bueno mi familia materna, mi padre en cambio, un comerciante jordano que emigró adolescente a Sudamérica, tiene una verborrea que compensa el laconismo de mi madre, pero esa no es la historia que hoy me sienta ante estas páginas. Hablaba de Estrella, la mujer menuda y silenciosa a la que de vez en cuando le salían chispitas de los ojos al sonreír, que hacía punto en una mecedora del porche de mi casa, que a veces nos sorprendía con unas rosquillas de vino o unos panes envueltos en miel, de los que siempre se me olvida el nombre. Hablaba de esa mujer callada a la que mi padre, por mucho que fuera su suegra, adoraba. La abuela, la abuela de mi madre que yo creí mía. Mi bisabuela. En un cajón de su cuarto guardaba una caja, las fotos de un palacio, varias estampas de Vírgenes llenas de joyas, algunos papeles legales, un rosario, el que yo heredé, y unos pendientes buenos, de oro. Pocas cosas para una vida tan larga, casi un siglo de historia convulsa que ella vivió y sobrevivió, siempre protagonista y a la vez siempre oculta.

 La olvidé durante años, el rosario se perdió en la esquina del cajón de mi mesa de estudio y allí permaneció hasta que al cumplir los 18 años me trasladé a Santiago de Chile para sacarme el título de maestra. Quería dar clase en las pequeñas aldeas de la Patagonia chilena, enseñar a leer a los niños mapuches de Chiloé.

Era una tarde rojiza cuando, ya terminada la maleta, lo encontré. Mi madre que me estaba ayudando lo cogió con cariño y me dijo que creía que lo había perdido, que le había dado mucha pena no verlo en tantos años. “Con lo que sufrió tu bisabuela por él.” Esa frase fue la que cambió mi vida. La cambio porque me desveló todo mi pasado, y porque ese pasado marcará, sin duda, mi futuro.

 Inquirí a mi madre sobre el parentesco. “¿Bisabuela?” Creí que se había equivocado y repetí la pregunta. Mi madre no me contestó, cogió el rosario, salió y puso esa cara de terca mula que yo tan bien conocía, y que sabía por experiencia, que era un muro impenetrable. Y mi abuela ¿dónde estaba? Nadie la nombró jamás. ¿Qué delito cometió? ¿Qué hizo tan terrible? Fue imposible sacarla de esa tozuda negativa. Le pregunté a mi padre, que tanto hablaba, y se quedó mudo también. No obstante, me confirmó que no había error, que existía una abuela, me reconoció que tenía derecho a conocer esa parte de mi historia pero él, me comentó, no era la persona indicada para desvelar el secreto. “Tu madre todavía siente dolor cuando lo recuerda. Ella te lo contará cuando se sienta con fuerzas. Te prometo que voy a hablar con ella”.

 Pasaron las semanas, y mi nueva vida de estudiante en Santiago me absorbió por completo. Conocer la ciudad, la Escuela de Magisterio, hacer nuevas amistades. Tantas tareas. Una tarde al regresar de clase la portera me dio un sobre voluminoso que había llegado. Lo miré con sorpresa y busqué con curiosidad el remitente, mi asombro fue mayor cuando comprobé que venía de Ancud, de mi casa. Lo abrí y vi una larga carta escrita con letra menuda. La caligrafía de mi madre, la caligrafía que mi bisabuela le enseñó.

CARTA DESDE ANCUD

CHILE

Ancud, 18 de noviembre de 1988

 Querida hija:

 Me he resistido a escribir esta carta, tanto como me he resistido a contemplar mi pasado, pero tu padre me ha hecho comprender que tienes derecho a saber de dónde vienes. El dolor que en la vida nos causó mi madre no tiene que empañar el cariño que te tengo a ti. Creo que te he educado pensando siempre en hacer lo contrario a lo que hizo o hubiera hecho ella. Gracias a Dios, nunca me faltó el apoyo de Estrella, por eso cuando tú naciste no lo dudé y te puse su nombre. Estrella fue una persona excepcional, con grandes principios, una educación primorosa y un valor increíble. A ella le di el nombre de mamá, y sé que el amor de una madre lo tuve de ella. No crecí sin amor, pero sí en mi corazón quedó un pequeño vacío que sólo la que me dio la vida hubiera podido llenar. He estado pensando que no debo escatimarte detalles de la asombrosa vida de tu bisabuela. Jamás hubieras pensado que todo comenzó una tarde de primavera de 1890 en un palacio de Sevilla.

 La casa palacio del Conde de Lussagnet estaba muy cerca de la catedral de Sevilla. Desde todas sus habitaciones se veía la Giralda. El rumor de la calle quedaba amortiguado tras los portones y las contraventanas de madera. Era una casa muy grande, con un patio de columnas, dos patios interiores y un jardín trasero donde el agua ponía frescor a las noches calurosas de verano. El conde de Lussagnet era parte de la corte que había llegado a Sevilla para acompañar a los duques de Montpensier a mitad del siglo XIX. Antonio de Orleáns y su mujer, Luisa Fernanda de Borbón, hermana de Isabel II, tuvieron una azarosa vida. Hijo él del Rey de Francia y ella hermana de la Reina de España huyeron a Inglaterra tras instaurarse la república en su país en 1848, la vida anglosajona no les gustó mucho y poco después se instalaron en Sevilla formando una segunda corte que dio vida y prestigio a la ciudad. Con ellos llegó Alain de Lussagnet, amigo íntimo, compañero de juegos y de correrías de Antonio de Orleáns. Un hombre alto y fornido, con un carácter alegre y gran visión comercial. Se enamoró pronto de Andalucía, del calor del clima y de sus gentes, y vio las posibilidades que había en una ciudad sin ningún tipo de industria.

 Poco a poco se fue separando de su amigo el duque de Montpensier, cuya mayor preocupación era hacerse con la corona de España. Alain no estaba interesado en sueños dinásticos, él quería tener dinero y vivir bien sin depender en última instancia del favor del duque. Fue comprando tierras de olivar y naranjas y con capital inglés montó una envasadora de aceitunas en un pueblo cercano a la ciudad, en Dos Hermanas. El negocio prosperó con rapidez. Alain Lussagnet estaba casado con Michelle de Lussagnet, una refinada mujer de la aristocracia francesa. Michelle, liberal y adelantada a su época, adoraba la pintura y la poesía, y en casi igual medida a los pintores y poetas. Las costumbres abiertas en el amor que el matrimonio traía de la corte francesa, escandalizaron a la sociedad sevillana, que soportaba bien cualquier lance de política, como todos los intentos de Montpensier por derrocar a su cuñada Isabel II, pero que nunca aceptó del todo a los condes de Lussagnet.

 La casa palacio de los Lussagnet era una casa abierta a todos los artistas sevillanos y a los de fuera. Así se criaron nada menos que los 5 hijos que tuvo el matrimonio, y que según las malas lenguas fueron procreados por no se sabe cuántos padres. Un misterio fue siempre hasta dónde llegaron los coqueteos de Michelle, pues el duque los quiso a todos por igual, todos llevaron su apellido y en realidad, todos se parecían entre sí bastante. Morenos, ojos azules y verdes y graciosos hoyuelos en las mejillas, un detalle no muy común. Alain, Charles, Paul, Frederick y Marcel eran un torbellino de vitalidad que cruzaban los patios de la casa, sus peleas y risas lo inundaban todo. Pero como es ley de vida, crecieron, y las risas se fueron apagando conforme marcharon a estudiar o trabajar fuera. Todos poco a poco abandonaron la casa, algunos incluso el país y la casa tan grande, parecía aún más grande y triste. El ruido de las fuentes ensordecía a Michelle. Los artistas también fueron desapareciendo y Michelle cada vez se encontraba más sola. Alain hacía su propia vida y pasaba la mayor parte del tiempo en alguna de las haciendas que tenía en los campos de alrededor de Sevilla. Michelle odiaba el campo, el calor pegajoso, los insectos, el olor a cuadra. Todo le daba náuseas, así que su casa del centro de Sevilla, la que fuera su refugio, fue convirtiéndose en su cárcel. Los años fueron llenando de arrugas su fino cutis, Michelle se miraba sus manos huesudas, llenas de manchas y no se reconocía en ellas. Nacieron nietos pero las visitas esporádicas de ellos no llenaban su vacío. Todos los días rezaba en la Catedral y pedía a Dios un milagro que hiciera su soledad más tolerable. Los deseos en muchas ocasiones se cumplen, aunque nunca suele ser de la forma deseada.

 En 1890, Antonio de Orleáns, el duque de Montpensier murió en su casa de Sanlúcar de Barrameda, su lugar favorito, y sus restos se enterraron allí. Un mes después se ofició un gran funeral en Sevilla, en la Iglesia del Salvador, al que asistieron todas las personalidades de Sevilla y todos los amigos que habían llegado con él desde Francia. El funeral del amigo reunió a toda la familia Lussagnet. La casa se llenó de nuevo de algarabía, los hijos con sus mujeres y nietos ocuparon habitaciones, las risas y conversaciones volvieron a los patios y a tapar los rumores de las fuentes. Michelle volvió a sonreír.

 El servicio de la casa era insuficiente para atender a tanta familia y Michelle ordenó que se contrataran doncellas, asistentas, jardineros, lavanderas. Entre ellos, entre asustada y emocionada, llegó a la casa Manoli, una joven de 16 años nacida a la vera del Guadalquivir, hija de Paco, un barquero de los que cruzaban cientos de veces al día de un lado al otro el río llevando mercancías. Conocida en Triana por su gran belleza, Manoli era morena y de ojos negros, azabache el pelo y la mirada, no había hombre que se resistiera a ella. Su madre había presumido tanto con esa niña cantarina y bailaora a la que todos miraban y decían “qué guapa es”... Ahora, conforme crecía, su preocupación también lo hizo. Las miradas de los jóvenes y de los no tan jóvenes no dejaban dormir a la madre y menos al padre, que ya se había enfrentado a algunos. La joven no hacía ascos a esos halagos, tenía la edad de conocer el amor, pero su corazón todavía no había latido por ningún pretendiente. Su padre sólo quería que se casara pronto para acabar con tanta incertidumbre. “Tu madre, a tu edad, ya tenía dos hijos” le decía muchas veces. Pero Manoli, sólo sonreía y cantaba alguna copla que las vecinas le habían enseñado en el patio del corral donde vivían. Cuando su padre se enteró de que en la casa de los franceses buscaban personal, la cogió de la mano y él mismo la llevó hasta la puerta esperando que el trabajar en una casa respetable haría que la joven se alejara de las calles. Manoli entró a trabajar inmediatamente en el servicio de doncella y se le adjudicó el cuidado de las habitaciones del quinto hijo de la familia, Marcel.

 Marcel Lussagnet tenía entonces 30 años. Su mujer, Vivienne era de la misma edad pero parecía mayor. Tenían 2 hijos: una niña y un niño, el menor. El matrimonio nunca había funcionado. Aunque más justo sería decir que jamás debieron casarse. Marcel había heredado de su padre Alain el carácter alegre; pero lo que en su padre se podía considerar como generosidad, en él, se le daba el apelativo de dispendio. El juego y la bebida no habían ayudado. Michelle, que lo adoraba, supo ver desde niño el duro camino que iba a ser su vida debido a sus flaquezas, así que creyó acertado que se casara joven esperando que una mujer podría enderezar el débil carácter del hijo. Pero las cosas no habían salido como ella pensó. Vivienne era de la familia, prima segunda de Marcel, y estaba muy enamorada de él. Sus ojos lloraron de felicidad el día del compromiso, lloraron aún más felices el día de la boda, y de muy diferente manera, no habían dejado de llorar en más de diez años de matrimonio.

 Vivían en París, Marcel trabajaba en un banco. Con su sueldo hubieran podido vivir bien, sin los grandes lujos a los que estaban acostumbrados de pequeños, pero bien si no hubiera sido por las pérdidas del juego, las visitas a los burdeles y las alegres compañías que de vez en cuando se alargaban en el tiempo. Las amantes de Marcel eran numerosas.